

# Comentarios a Viajes con Heródoto, de Ryszard Kapuściński

EMILIANO DELGADILLO MARTÍNEZ  
(Alumno del Colegio de Letras Hispánicas)

Todo recuerdo es el presente.

Novalis

*Viajes con Heródoto* es un libro de libros. Su autor es tanto Kapuściński como Heródoto, pues es un constante diálogo entre las impresiones del polaco sobre las impresiones del griego; además, hay un paralelismo repleto de literatura: ambos eran, y son, viajeros, reporteros, cronistas y, ante todo, seres humanos. La tesis de la que parte Kapuściński para narrarnos su vida y la del griego, la toma de éste:

1a. ley de la historia: la venganza; ¿quién fue el primero en cometer la injuria?

2a. ley de la historia: la felicidad humana nunca es duradera.

3a. ley de la historia: lo dispuesto por el destino no pueden evitarlo ni los dioses mismos.

Ryszard Kapuściński nació en Polonia en 1932. Vivió parte de la Segunda Guerra Mundial mientras estudiaba Historia en la Universidad de Varsovia. El país se había vuelto comunista después de la guerra, así que se atenía a la mano firme y temible de Stalin; la censura era tan común que había sido asumida como parte de la tradición cultural. “Sí, porque en aquella época nuestra manera de pensar, de ver las cosas y de leer estaba gobernada por la obsesión de la alusión”;<sup>1</sup> los jóvenes, entre los que se encontraba Kapuściński, *sobreinterpretaban* todo, encontraban mensajes donde no los había y todo tenía que encajar en cualquiera de los dos únicos cajones: a favor de la Revolución y del comunismo, o en contra. Y no sólo los jóvenes, sino la sociedad por igual.

Terminó su carrera de Historia y comenzó a trabajar como reportero principiante en un periódico llamado *Sztandar Młodych* (*Estandarte de la Juventud*). Viajaba por el país de acuerdo con las cartas que le enviaba la redacción del diario para cubrir noticias pequeñas en pueblos alejados y minúsculos. Así fue como tuvo su primer acercamiento con la *frontera*, y no sólo con la frontera física que para Kapuściński era inexistente —él no veía la línea divisoria que tanto aparecía en los mapas—, sino lo que este concepto significaba: separación, división, encarcelamiento... El joven Kapuściński soñaba con cruzar esa ficción, soñaba con transgredir esa línea imaginaria pues implicaba transformar su realidad; en cierta manera, liberarse.

Y así fue. La redactora en jefe del *Sztandar Młodych* lo mandó a la India, con la misión de acercarse a los polacos con dicho país. Él cubriría las noticias que considerara apropiadas. Antes de irse, la redactora le regaló la primera edición de la *Historia*, de Heródoto, recién salida de imprenta. El libro estuvo en lista de espera en la imprenta puesto que no se sabía si era contrarrevolucionario o no. Stalin temía que Heródoto lo hubiera retratado premonitoriamente en su libro inmortal.

En el vuelo a Nueva Delhi y en los primeros días en el país desconocido se la pasó en otro mundo: en la lectura de la *Historia*. Estaba fascinado con las narraciones de ese griego que había nacido en Halicarnaso, en el 485 antes de Cristo y que había muerto en el 425 a. C.

No estaba en absoluto preparado para aquel viaje. Mi agenda no contenía nombres ni direcciones. Mi inglés dejaba mucho que desear. Y todo porque

en su día había acariciado el sueño de alcanzar lo inalcanzable, es decir, *cruzar la frontera*. En verdad, era lo único que había anhelado. No quería más. Pero una vez puesta en marcha, la sucesión de los acontecimientos me había arrojado a aquel remoto fin del mundo.<sup>2</sup>

Instalado en un hotel, leía a Heródoto, a Hemingway y a un autor inglés que escribía sobre las costumbres indias. Estos últimos con el objeto de practicar, en vano, su precario inglés. El libro de las costumbres hablaba sobre las castas en la India.

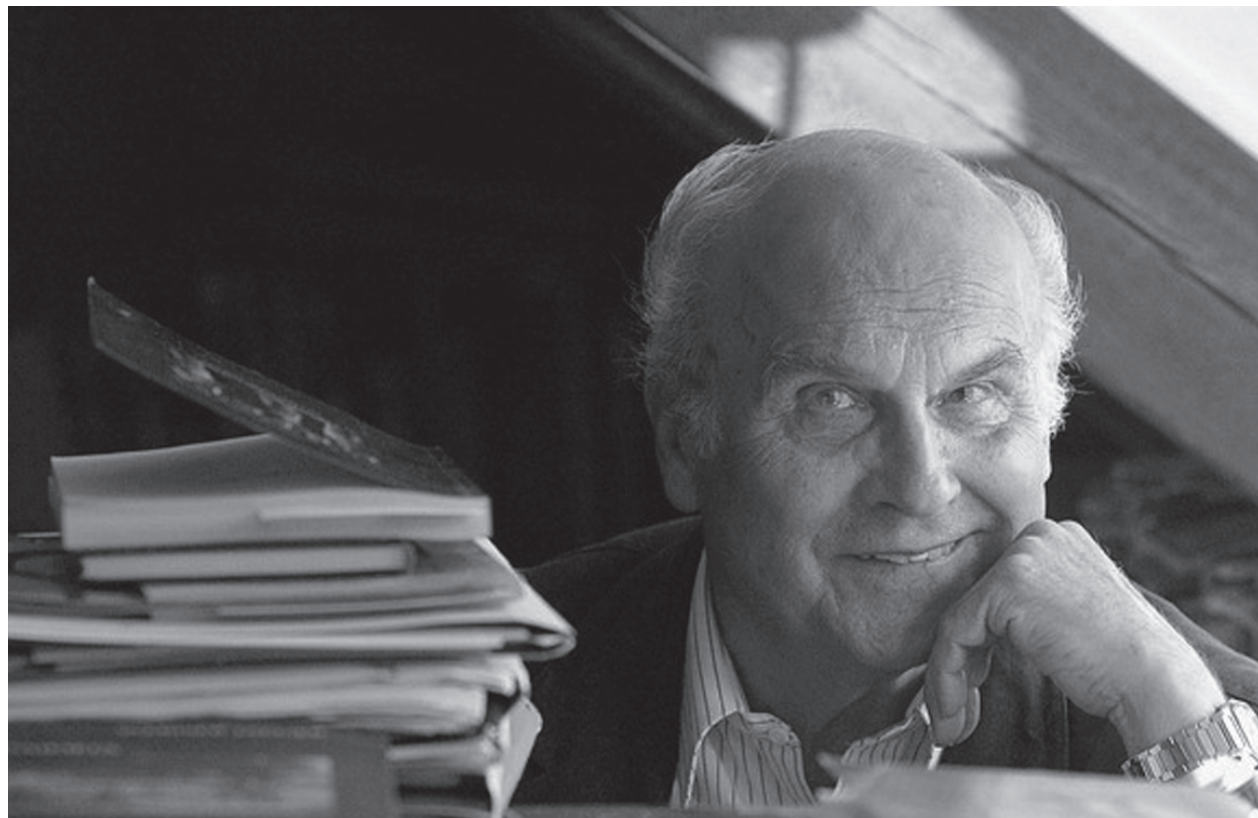
Viajó a Benarés a presenciar el ritual de purificación y las ceremonias de incineración en el río Ganges, río sagrado, que sirven para mejorar el estado de ánimo de las personas y darles la esperanza de aproximarse al mundo de los dioses.

De vuelta a Nueva Delhi consiguió su boleto a Varsovia, vía Kabul-Moscú-Varsovia; evidentemente, sólo por países comunistas. No fue sino hasta

comendó que leyera un tomo de las *Obras escogidas* de Mao Tse-tung. Además, por cuenta propia, intentó leer *El libro verdadero de la flor del sur*, de Chiang Tzu, no tan popular por cuestiones estético-políticas.

Kapuściński visitó la Gran Muralla, construida durante dos mil años, desde los tiempos de Buda y Heródoto hasta los de Da Vinci, Tiziano y Bach. Para él, las Murallas (porque en realidad son muchas) representaban una gran metáfora: tantos años, sudores, vidas dedicadas exclusivamente a su construcción, edificando un monumento de defensa que nunca funcionó del todo como tal, sino más bien servía para tener a la gente trabajando... ¿con sentido o un mero sinsentido? La metáfora era equivalente a la vida.

Mientras tanto, en Polonia estaba a punto de desaparecer el diario del que Kapuściński era corresponsal, de modo que se olvidaron de que lo habían enviado a China. Después de unos meses, tuvo que regresar, una vez más, a Varsovia, donde lo contrató la Agen-



Ryszard Kapuściński.

que regresó a su país natal cuando quiso introducirse más en la cultura hindú. Compró un libro de Paul Deussen, *Compendio de filosofía india*, en el que aprendió que el *Mahabharata* tiene 220 mil versos de dieciséis sílabas; que el *Halha Yoga* trata sobre el espíritu y los ejercicios de la respiración; también se enteró de la existencia de Rabindranath Tagore, el cual, a su vez, condujo a Kapuściński a la lectura de los *Upanishads*, cantos filosóficos. Debido a estas lecturas, la redactora en jefe supuso que su reportero principiante se había vuelto un experto en Oriente, y decidió mandarlo a China en el otoño de 1957.

Su vuelo: Varsovia-Amsterdam-Tokio-Hong Kong. Después, tomó un tren que lo llevó hasta la frontera, donde había un puente sin nadie a la redonda. Las autoridades de Hong Kong le indicaron que siguiera caminando hasta que se topara con los chinos. Debido a sus creenciales, ya del lado chino, lo mandaron en tren a Pekín. Su trabajo consistía en efectuar un intercambio periodístico con el diario *Chungkuo* a pesar de que no sabía chino; toda la comunicación era en ruso.

El Partido Comunista Chino se encargó de asignarle un traductor y acompañante llamado Li, quien le re-

tro de países, y que, como Asia, también estaba *ardiendo*. Pero África ardía a su lado, Asia no. Además, Kapuściński no jerarquiza la superioridad de las culturas, pues coincidía con Heródoto en la idea de que “la multiculturalidad del mundo es un tejido vivo”.<sup>3</sup> Así que, sin pensarlo más, el periodista polaco decidió viajar a El Cairo.

Llegó en 1960, cuando El Cairo era el centro del movimiento independentista del Tercer Mundo; estaba lleno de agentes secretos, ladrones y simples mirones; el alcohol estaba prohibido, la Universidad cerrada por decreto de la Junta Militar. En su hotel conoció a unos jóvenes que lo invitaron a un concierto de Louis Armstrong en Jartum, Sudán. Un concierto muy extraño, de noche, porque nadie sale en el día, en el que nadie aplaudió ni se emocionó siquiera, reflejo de las entrañas africanas.

Junto a dos periodistas checos, Kapuściński llegó al Congo, donde los misioneros belgas preferían enseñar a los niños técnicas militares no para que se volvieran beligerantes, sino para que tuvieran más posibilidades de sobrevivir. Los periodistas se separaron y Kapuściński llegó a Lisala, un poblado minúsculo donde se hospedó en casa de un doctor austriaco que tenía un “hospital” en su pequeña casa. Rodeada de selva muy densa, donde vivían miles de tribus diferentes, cada una con sus propias lenguas, dioses y culturas; por Lisala sólo había una ca-

go y romano. En esa época era un punto de convergencia entre los cristianos establecidos por la colonización francesa y los musulmanes. Éstos eran conocidos como los “musulmanes del mar”, ya que eran de mentalidad abierta por la influencia del puerto, de los comerciantes y de los viajeros. Su contraparte, la mayoría, los “musulmanes del desierto”, eran fundamentalistas.

Contra lo esperado por el periodista polaco, el golpe de Estado fue recibido con normalidad. Los primeros días había militares vigilando las calles y los edificios públicos. Pero luego todo se normalizó, como si ningún acontecimiento hubiera ocurrido. Kapuściński prefirió regresar a Etiopía, para luego ir a Senegal donde se celebraría el Festival Mundial de las Artes Negras. Llegó a su capital, Dakar, donde gobernaba un presidente que también era poeta, Léopold Senghor. Por él se había instaurado el festival desde 1963, y había logrado prestigio internacional. Kapuściński se hospedó en una isleta llamada Gorée, que había sido un campo de concentración en los siglos XVIII y XIX, cuando veinte millones de negros fueron enviados a América. Gorée era un almacén, en lo que llegaban los barcos.

¿Nos paramos a pensar en que, desde los tiempos inmemoriales, la riqueza del mundo —desde el sistema de regadío en Mesopotamia, las murallas chinas, las pirámides egipcias y la Acrópolis ateniense hasta las plantaciones de azúcar en Cuba y las de algodón en Luisiana y Arkansas, las minas de carbón en Kolymá y las autopistas alemanas— ha sido construida por esclavos?<sup>4</sup>

Después del festival, Kapuściński volvió a Varsovia. Para el periodista polaco, la *Historia* de Heródoto es el primer reportaje de la literatura universal. Para el contemporáneo de la época dorada del teatro, de Esquilo, Sófocles y Eurípides, la tragedia es una dimensión que lleva al ser humano a pensar en sí mismo. Heródoto concluyó, como Kapuściński, que el individuo suele ser presa del sistema de la época en la que le tocó vivir. Sin embargo, el afán humanista llevó a ambos a escribir grandes joyas literarias.

[Heródoto] decide, seguramente al final de su vida, escribir un libro porque es consciente de que ha reunido una gran cantidad de historias y noticias, y sabe que si no las inmortaliza en un libro, todas ellas, almacenadas tan sólo en su memoria, perecerán sin remedio. Otra vez estamos ante la sempiterna lucha del hombre con el tiempo, una lucha contra la fragilidad de la memoria, contra su volátil naturaleza, contra su obstinada tendencia a borrarse y a desvanecerse. Precisamente de este forcejeo salió la idea del libro, de cualquier libro. Y de ahí su durabilidad, su —ganas dan de decir— eternidad. Porque el ser humano sabe —y a medida que pasa el tiempo lo sabe cada vez mejor y lo vive cada vez más dolorosamente— que la memoria es lábil y etérea, y que si no anota sus conocimientos y experiencias de una manera más estable acabará por desaparecer sin rastro todo lo que lleva dentro. [...] La escritura parece una ocupación fácil y sencilla. Los que así lo creen pueden apoyarse en la fiase de Thomas Mann según la cual “el escritor es aquel al que escribir le resulta más difícil que a las demás personas”.<sup>5</sup>

Si Kapuściński lo dice de Heródoto, yo me atrevo a robarle sus palabras y a decir lo mismo de Kapuściński, pues el mito se mezcla con la realidad y la leyenda con el hecho. ♦

<sup>1</sup> Ryszard Kapuściński, *Viajes con Heródoto*. Trad. de Agata Orzeszek. Barcelona, Anagrama, 2006, pp. 12-13.

<sup>2</sup> *Ibid.*, p. 25.

<sup>3</sup> *Ibid.*, p. 126.

<sup>4</sup> *Ibid.*, p. 277.

<sup>5</sup> *Ibid.*, p. 246.

retera en la que transitaban caminando los refugiados de la guerra civil. La comunicación con Polonia era imposible, así que Kapuściński decidió irse. Logró que lo llevara un coche hasta donde se pudiera.

Rodeó Uganda, Tanzania y Kenia para llegar a Etiopía. En su capital, Addis Abeba, envió a su agencia todos los reportajes que había escrito. En Etiopía las cosas estaban aparentemente más tranquilas: era un país cristiano desde el siglo V, su gobernante era un emperador y, aunque había guerrillas en el norte, no pasaban de la frontera con Eritrea y Somalia.

El embajador de Argelia en Etiopía convenció a Kapuściński de que fuera a visitar su país. Tal vez con cierta intención, porque el día de su llegada, en 1965, se produjo un golpe de Estado: había llegado a presenciar el acontecimiento.

Argelia había conseguido su independencia de Francia en 1962. El presidente, joven e inteligente era un musulmán abierto. Por eso fue derrocado. Houari Mumadién, el golpista, no estaba de acuerdo con que la religión tuviera “apertura”, pues es única. No obstante, en Argel la convivencia era distinta que en el resto del país, pues fue un importante puerto fenicio, grie-